



Pedro Francisco Bonó (1828-1906), fundador de los estudios sociológicos dominicanos, primer novelista costumbrista con “El Montero” (1856). Sus textos, recogidos en 1963 por Emilio Rodríguez Demorizi bajo el título “Papeles de Pedro Fco. Bonó”, nos ofrecen una visión crítica de la sociedad dominicana del siglo XIX, planteando conceptos todavía vigentes en torno a los sentidos de la democracia.

Con esta publicación continuamos presentando los textos fundamentales del pensamiento crítico dominicano.

Miguel D. Mena,
Septiembre 2006.

OPINIONES DE UN DOMINICANO

Pedro Francisco Bonó

Por todo el territorio de la República los ciudadanos que se preocupan de los intereses de los dominicanos, desde ahora, procuran enlazar sus esfuerzos, combinar sus medios y ponerse de acuerdo, para escoger, proponer y hacer triunfar el candidato más a propósito para ejercer la suprema magistratura del Estado en el próximo período constitucional¹.

Laudable por demás es esta previsión y más que ninguna debe encomiarse. No hay puesto más delicado, de más difícil desempeño; ninguno más codiciado, pero al mismo tiempo ninguno más trascendental para la dicha o desdicha de todos, y por tanto, ninguno demanda de parte de los electores más reflexión, más juicio, más circunspección para otorgarse. Debe, pues, elogiarse y al mismo tiempo ayudarse un movimiento que aunque parezca prematuro, es propio de los países republicanos y que demuestra que si en el nuestro no se había exhibido hasta ahora, sólo había sido por falta de la paz necesaria a su libre manifestación, pero no por carencia de la aptitud inherente a hombres civilizados y republicanos reunidos bajo un gobierno alternativo.

Yo supongo, que las figuras más conspicuas que cuenta la República, serán las que tienen más probabilidades de atraer la atención de dichos ciudadanos y supongo igualmente que entre estas figuras habrá diez o doce que descuellan sobre las otras: unas por su saber, otras por su valor y energía, aquellas por sus altos servicios, otros

¹ En el periódico El Eco del Pueblo, Santiago, núm. 93, enero 13 de 1884, se publicó el suelto siguiente:

EL MENSAJERO

Sin comentarios de ninguna clase, damos cabida en nuestra hoja a lo que aquel trae en su sección de Ecos.

Opiniones de un dominicano.—El carácter no político de esta revista económica, no será óbice a que llamemos la atención de nuestros lectores sobre una serie de artículos que, bajo el epígrafe que antecede, ha principiado a dar a luz en El Eco del Pueblo, de Santiago, el respetable ciudadano Pedro Francisco Bono. Escrito el primero con espíritu de bien y criterio imparcial, justo es esperar que todos ellos servirán al noble fin a que se dirigen: la elección genuina de un ciudadano, benemérito por sus luces y virtudes cívicas, para presidir el gobierno del país, en el próximo bienio de 1884 a 1886.

por su abnegación y virtudes. Para escoger uno entre estos esclarecidos ciudadanos es que debe discutirse la candidatura con anterioridad, pues aunque uno de ellos es que debe regir los destinos de la nación, ciertos detalles de actualidad y conveniencia harán preferible la elección razonada a la insaculación.

Si yo tuviera voz consultiva entre tan beneméritos ciudadanos, aconsejaría que se invitase a todos los partidos que puedan existir en el país a que tomaran cartas en el asunto, pues que a todos importa y mucho el tener durante dos años un buen o mal Gobierno. Y puesto que nuestra historia registra la prepotencia precaria de cada uno de ellos cuando en una hora dada ha sido obtenida por golpes violentos y atrevidos, por aclamaciones, por revueltas y con tan pésimas consecuencias para todos ellos inclusive; que ahora en paz, nuevas combinaciones estudiadas sobre la legalidad los sustituyan, y que un nuevo giro pacífico impreso a las elecciones ejerciten a los espíritus sagaces, para hacer triunfar a sus respectivos candidatos y evitar en el porvenir el estallido de los furores concentrados del esclavo.

Y como presumo que si así no fuese, así muy bien pudiera ser, sin la voz de consultor ni de caudillo, pero con la del ciudadano que más que todo desea ver la paz de su patria bien cimentada, voy a dar las razones en que fundo la bondad de mi consejo. Esto me conducirá necesariamente a ser prolijo y quizás a abusar del puesto que con permiso de mis lectores yo mismo me tomo; pero es tan importante para la generalidad la cuestión de la paz y procuraré poner tanta imparcialidad en el asunto, que hasta los que no quieran seguir mis opiniones ni hallar fundadas mis apreciaciones, habrán de confesar a lo menos que las expongo de buena fe, y qué el objeto que me las sugiere merece que todos lo estudiemos, discutamos y resolvamos.

Para proceder con orden, principiaré por definir o siquiera por enumerar a los partidos políticos existentes.

La opinión general, la más acreditada dentro y fuera del país es que existen cuatro partidos en la actualidad: Azul, Rojo, Gonzalista y Cesarista; mas esto es desconocer los hechos recientemente acontecidos. El partido verde o Gonzalista en su origen, fue la amalgama necesaria al arbitraje practicado por los prohombres azules y rojos, cansados ya e impotentes para continuar y resolver por las armas la contienda sangrienta de los seis años. En esta hibridación, que se denominó fusión para hacer la cosa más agradable, hacedera y pacificadora, el elemento rojo dominó en los componentes, puso más fondos, hizo más concesiones y como consecuencia natural, recogió casi todos los beneficios. Abusó en extremo, e irritados los azules, renovaron la hibridación produciendo a Cesáreo con la misma combinación vuelta al revés, es decir, que los azules hicieron entonces más concesiones y retiraron los más pingües provechos. Ambas cosas cayeron porque esas situaciones ambiguas, como en Francia la de los orleanistas en 1830, resuelven momentáneamente un antagonismo insoluble de dos principios, cuyas, fuerzas respectivas están cansadas e impotentes; pero hay una política superior que domina esas combinaciones precarias, de duración temporal, contemporalizadoras y cuyo fondo de venalidad es como la casa del Evangelio edificada sobre arena. Así es que andando los tiempos los principios prevaleciendo sobre la venalidad entontecida, ésta al fin causa asco, y cada cual, salvo

los rezagados de todo ejército en campaña, vuelve a entrar en sus antiguas filas, donde locuaz o silencioso hoy debe encontrarse.

Si lo dicho fuere cierto, habrá dos partidos bien caracterizados en la República: el azul y el rojo, los cuales en épocas conocidas han sido vencidos y vencedores, y se han echado en cara los mismos errores, las mismas crueldades, las mismas faltas y respectivamente han pretendido significar el progreso, la paz, la justicia, el orden, la independencia. Diga la historia a su debido tiempo, diga el país desde hoy, puesto que ha experimentado sus actos, cuál de los dos dijo la verdad, pero a mí se me alcanza que toda dominación exclusiva es favorable al dominador, perjudicial al dominado y pésima para la masa de la nación, se entiende, cuando no se trata de principios, sólo de personas. Con efecto, toda dominación de uno de los dos partidos, supone, pasando por alto las crueldades que es preciso cometer para establecerla, una falta de contrapeso que equilibre o a lo menos suavice el despotismo del triunfador. El ejercicio de la libertad de las minorías en la forma republicana, es el mejor si no el único correctivo de las mayorías, el freno de las tendencias absolutistas de éstas y lo único que puede darles la cordura y prudencia necesarias para establecer la paz y el progreso. El mundo entero en la historia da testimonio de esta verdad que los dominicanos todos conocemos a nuestra costa.

II

No se podrá nunca hacer una estadística correcta del número de individuos que componen el partido rojo o azul en una época determinada, para saber cuál de los dos es la mayoría. Tal azul de hoy, por ejemplo, a quien quiten el empleo o pensión de que goza, mañana será rojo; y tal rojo de ayer a quien den dicho empleo o pensión, en seguida será azul. No debe admirar ni escandalizar cosa tan abstrusa, porque en todos los tiempos y todos los lugares esto siempre ha sucedido en los sistemas personales, y desde luego entra en los fenómenos constantes del modo de ser de las personas sometidas a ese régimen. Sucederá esto por tanto en el porvenir y sucederá también que, en el fondo de las opiniones de dicho rojo o azul repentino, quede una reminiscencia, un pie de levadura o fermento de lo que fue. Sucede igualmente que hay infinitos rojos o azules que son firmes en su opinión: unos por carácter, otros por terquedad, otros por convicción, los más por falta de ocasión para pecar, y los hay que sólo han transigido y transigen por amor a la patria. Estos últimos son muy escasos, como generalmente son los hombres muy virtuosos.

Dadas estas condiciones de los partidos, podré presumir a la nación dividida en dos partes más o menos iguales en las filas de uno y otro.

El Partido Azul está hoy en el poder, en cuyo ejercicio además de las condiciones de cierta situación exterior que puede resumirse en lo siguiente: concentración de la política europea, sobre todo Francia e Inglaterra en cuestiones domésticas de gravedad; vigilancia tirante de los tronos sobre la Francia, por la forma actual republicana de esta nación; la circunspección obligatoria de ésta, por tal situación adquirida después de vencida; la abstención temporal de los Estados Unidos en su

política de anexiones; el alto actual de Haití en su política tradicional de indivisibilidad, por causas que se relacionan con su anarquía. El partido azul, repito, ha podido agregar a esta situación y al cansancio de las masas dominicanas y a la desaparición casi total de los caudillos de revuelta, una combinación feliz, de gran habilidad, que le ha permitido con enorme desgaste de energía y de caudales, mantener la paz pública. Esta favorable posición, a menos de faltas graves de sus jefes, le dará por largo tiempo la dirección de los negocios públicos, pero lo que a él más que a ninguno importa no es sólo dirigir, pero dirigir bien, y aquí está la gran cuestión. ¿Podrá él por sí solo conocer la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, como se dice en el foro? Difícil me parece. El no es más que la mitad, y la verdad no está en la mitad, ella es unidad, es un todo indivisible. ¿Lo sabrá por la prensa? Pero si subvenciona la prensa, ésta no pasará nunca de ser oficial u oficiosa. En momentos solemnes como los actuales es deber de todo dominicano ilustrado, sea rojo o azul, si quiere merecer los aplausos de los buenos, y cooperar con medios lícitos, honrados y patrióticos, el afianzamiento de la paz de su patria, el fundar periódicos y emitir sus opiniones libremente para conocer el espíritu general de la nación, los efectos de los sistemas hasta hoy empleados para gobernar, por rojos, azules, personalistas, intransigentes, doctrinarios y demagogos, y para indicar si es posible los programas del porvenir.

Pretensión absurda sería de un azul conquistar en el presente caso, el voto de un rojo y viceversa. Pero hay que observar que el Presidente de la República no debe ser jefe de un partido; podrán y hasta deberán los demás miembros de la administración superior pertenecer a ellos con gran ventaja si los partidos significan principios conocidos, prácticos y afirmados; pero el Presidente de la República, su título lo indica, sólo ha de ver el mérito personal y emplearlo en la felicidad común. Este es su mandato, y para él no debe haber colores ni opiniones; sólo dominicanos que debe hacer felices; ha de ser antes de todo hombre de tacto, de Gobierno y más que todo justiciero. En cuanto a los partidos, el que más hábil o afortunado sea en tal o cual época, ese hará triunfar su candidato sobre los demás aquí y dondequiera, pero para que el triunfo sea provechoso para todos aquí y dondequiera, es de necesidad que los vencidos acepten al elegido sin conato de revoluciones armadas, sin intrigas mezquinas, sin cóleras concentradas; ha de aceptarse el hecho cumplido de buena fe para con la patria, sin olvidar de disciplinarse mejor y tomar medidas más acertadas para triunfar en las elecciones venideras.

Hay que fundar la paz como la base más segura de nuestra prosperidad, pero no la paz pagada a peso de oro que es vergonzosa y corruptora; no la paz de los sepulcros que es estéril, es sin esperanzas. La Nación necesita la paz fecunda de la vida que los pueblos afirman más y mejor con la libertad. La presente paz, el partido azul con cruentos sacrificios de la nación ha podido mantenerla por tres años, pero no será durable si no se asienta en las bases inquebrantables que en todos los tiempos y en todas las naciones se ha asentado; es decir: en la felicidad general que imprime en el espíritu de los ciudadanos el convencimiento íntimo de que gozan de todos los bienes relativos que a su gobierno le es dable proporcionarles. El buscar, hallar y dar los elementos de esta felicidad es la misión del Gobierno, es el problema que tiene que

resolver cada día, cada hora, pero este trabajo que a él solo está atribuido en las monarquías puras, en los países democráticos está repartido entre él y el pueblo, y éste no debe abandonar derecho tan precioso cuando las puertas se le abren de par en par para que concurra con todas sus fuerzas. El Gobierno actual las tiene abiertas, él ha demostrado que es fuerte, tolerante y tan deseoso de ilustrarse, que a todos pide diariamente que lo ilustren, que le indiquen el verdadero camino de su gloria haciendo dichosos a los que gobierna.

Convencidos de verdades tan palpables los dominicanos todos debemos aprovechar tan feliz y hasta ahora no vista coyuntura para convertir los preliminares de paz que tenemos, en paz durable, definitiva y de convicción. Para ello, no debemos mecemos más en ilusiones, debemos ver con valor el estado del país en todos sus ramos, en todas sus manifestaciones; abandonar esa parlería superficial que nada encierra, que a todos cansa, que a ninguno engaña y que nos hundirá cada vez más, día por día, en la miseria y desprestigio que hace cuarenta años nos roe y circunda. Debemos, por fin, no aletargar el trabajo y energía nacionales con mirajes ficticios, con lucubraciones, con teorías insensatas; debemos ver el fondo de las cosas y exponerlas tal como ellas son, sin ambages ni consideraciones. Por mi parte, aprovechando esta oportunidad, declaro que disiento en todo y por todo de las apreciaciones generales que veo en la prensa nacional y oigo en los círculos donde se examina y discute nuestra situación. Yo no Veo el progreso que se decanta, y tanto se vocea, ni menos las razones que se dan para probarlo. Tal vez me equivoque, pero puesto que pido a los demás que digan lo que piensan y opinan, voy a ensayar la libertad de mis opiniones diciendo lo que opino sobre nuestro tan decantado progreso. ¿Cuál es este progreso? ¿Dónde está?

¿Está en la organización del trabajo? No... El Norte o Cibao cuya población la una mitad es pastora, la otra mitad agricultura, ve el medio donde se movía y se mueve la primera, todo turbado, descompuesto y transformado por el triple aumento de sus pobladores en el mismo espacio, mientras que los nuevos arreglos de taller, que esto pide a la autoridad, en la tierra, en las leyes, en la educación, en los usos y servidumbres, no se le han dado ni se le dan. A lo segundo o séase la agricultura le dieron nuestros mayores, no nosotros, terreno unipersonal, deslindado, respetado, hábitos agrícolas, una industria libre, bien eslabonada con todos los gremios laboriosos que la ponen en movimiento y la completan. Pero todo esto se ha quedado en la infancia, encomendado exclusivamente a la iniciativa de agricultores iliteratos y sin la menor ayuda de la autoridad, sin el menor aliento de una opinión ilustrada, no ha podido realizar un solo progreso firme y determinado. Así no tiene un solo camino transitable hacia los mercados de sus productos y consumos; un solo establecimiento modelo de agricultura ni de crédito regulador, no lo tiene; ni exposiciones regionales, ni premios, ni respeto, ni consideración, ni métodos científicos, ni escuela donde aprenderlos. Al contrario, se propende por todos los medios imaginables a desatar los vínculos que unen el propietario a la tierra, que hacen el trabajo del hombre enérgico y previsor a desbarajustar toda la sociedad predicando con aplomo y grande aplauso de los necios, emigración de comarcas despobladas por las guerras, hacia trabajos temporales y precarios de ferrocarriles, de fincas lejanas, de minas inciertas

y por hallar; haciendo alarde de jornales crecidos, de proventos ilusorios, de riquezas adquiridas a poco costo. Envaneciendo de esta suerte la condición del proletario, que aquí se llama peón o alquilado, están a toda prisa acabando de destruir los restos que dejaron los cantones y la anarquía en los hábitos sedentarios tan lentamente adquiridos y tan necesarios a la agricultura; están como enemigos encarnizados de una población inocente, destruyendo el amor que se tiene al fundo que de padre en hijo se heredó, donde están colocados y se colocan diariamente los ahorros para los días malos, donde está simbolizado el incontrastable porvenir de los hijos, de la familia, por decirlo todo de una vez, se les quita toda noción de propiedad. Esta es la opinión reinante, ésta la predicación perpetua, sin contar las tentativas que con tesón, Gobierno, legislación y prensa han hecho y hacen, para cambiar el valioso y relativamente fácil cultivo del tabaco, nuestra sola riqueza cambia-bie en el exterior, nuestra áncora de salud, por café, cacao, ra-mé y otros cultivos desconocidos, cada vez que los cálculos comerciales no salen a satisfacción de los interesados. Yo quisiera saber si los franceses están más interesados en destruir sus viñedos, que el filoxera; o los americanos, sus cerdos más que la trichina; pues no otra cosa parece que aquí sucede cada vez que, por una imprevisión del hombre, por una causa del clima del año, por un exceso de la producción universal de la hoja, el tabaco no se vende en el interior a diez pesos quintal².

La anterior comparación me trae a las mientes otro que de-muestra la facilidad con que trocamos las mejores coyunturas de aumentar la suma de nuestra riqueza, y como ex profeso las convertimos en manantial de pobreza y de desdichas. Circunstancias felices para la República, de combinaciones y previsiones políticas de naciones poderosas en lo principal, y de negocios mercantiles en lo accesorio, hacen emprender los trabajos de construcción de un ferrocarril en el Cibao. Era el momento en que los empresarios estaban obligados por la naturaleza del trabajo, a introducir una masa regular de jornaleros extranjeros que de seguro se hubiera fijado en el país a costa de la empresa, y nosotros, por una locuacidad imprevista, hemos inclinado a nuestros pocos propietarios y a los menos pocos ayudantes indispensables de sus faenas, a reemplazar la emigración que necesariamente de balde debía llegar, como hoy sucede en Colombia con su afín el canal de Panamá. Dóciles nuestros trabajadores obedecieron y obedecen, abandonan los trabajos agrícolas, se convierten en peones, descienden la escala social, dejan sus familias, sus inocentes pasatiempos para congregarse al descampado a jugar al monte y a los dados, jornales trabajosamente ganados. Después de mucha hambre y trabajos, vuelven desnudos y enfermos de las ciénagas; encuentran las empalizadas del conuco en el suelo, lo que fue siembra, tabuco y barbecho, y a la mujer y los hijos desnudos y hambrientos. Es preciso que no haya ni pizca de juicio entre nosotros, para no comprender como se comprende en Colombia las ventajas de una y otra solución, y para insistir en lo peor. No podré hablar del Sur porque no lo he visitado, pero por lo que he oído decir, si no obra en su población la mala predicación de falsas doctrinas como en el Cibao, tienen

² Hace algunos años se repitió el caso. Pero esta vez se destruían los cacaotales para hacer otros cultivos entonces más productivos: el plátano, el tabaco, el maíz y la batata, por el 1926.

los puebtos fronterizos de esa zona el contratiempo de la atracción haitiaia, cuya industria, propiedad y cambios, fuertemente incrustado? en los suyos, los atraen con halagos positivos e incesantes y los alejan paulatinamente de su centro natural que descuida enlazarlos y atraerlos. Esta situación anómala, indefinida, la expene a una invasión perenne y progresiva de población extranjera, que hace desfallecer cada día más el elemento dominicano, é cual desarmado y exhausto desaparecerá por completo de esa región, y quedará refundido en el haitiano tan luego pueda Haití salir de la anarquía que la devora. Por dicha para nosotros, las manifestaciones constantes de esta anarquía son tan feroces que sólo inspiran repulsión, y dan lugar a creer que Haití por mucho tiempo no tendrá un Gobierno bastante fuerte para lanzarse a conquistas, ni menos un Gobierno bastante hábil para seguir una política exterior continua de anexiones posibles.

IV

En las Provincias del Este, con propiedad, hábitos, métodos y riquezas pastoriles muy imperfectos y minúsculos, se ha introducido y planteado, sin otra preparación que el expreso monopolio del capital moneda, una colosal agricultura sobre terrenos comuneros, con destrucción del medio donde podía moverse una población de costumbres nómades y ambulantes, hijas de la profesión pastora y del trabajo secular de los cortes de caoba. Esta población que es el fondo, o mejor dicho, la Nación misma, que ha dado el mandato y los medios de hacerla feliz, se ve por medidas poco estudiadas, dislocada, desposeída, empujada hacia la barbarie, y de tal modo inhabilitada para ayudar con fruto al capital que la explota, que al fin no podrá ejercer sus deberes de ciudadanía, ni cumplir con los de padre de familia, y cayendo en el pauperismo, exigirá del resto de la Nación servicios imposibles, o del extranjero protección y amparo.

Situación terrible preñada de catástrofes es hoy la del trabajo agrícola del Este de la República, y no hay hombres de Estado dominicano que la vea sin terror ³.

Una aglomeración de máquinas, trenes, vagones, edificios, cañaverales, pidiendo los intereses del capital que representan, y los dueños o detentores de este capital sin brazos que lo ayuden para poder producir este interés, los de administración o deterioro o reintegro. Esta es la situación del trabajo agrícola del Este. El monopolio destruyó los conucos y sus anexos de ganado menor, y con ellos la subsistencia de la ciudad y trabajadores; y el capital recientemente introducido tiene que reeditar ahora sus intereses propios de reproducción y conservación, y los indispensables del capital, subsistencias que ha destruido. ¿Como podrá suplirlo? Subiendo el salario de los trabajadores desposeídos, con lo cual disminuirá el interés de su capital fijo. ¿Y cuál será el tipo de esta alza, cuyos términos desconocidos pueden llegar hasta las obligaciones del padre de familia? Además el alza de salarios está limitada por la concurrencia de los otros países productores, por los medios de los consumidores y

³ Véase *Apuntes...*, supra, p. 31.

llegará día que no podrá subir los jornales⁴. Por los que ha pagado recientemente, presumo que ese día está cercano. Pedirá entonces nuevos monopolios de aduana, que no se le otorgarán porque no hay sobre quién hacerlos recaer. Al antiguo labriego del Este sólo le queda su persona y ésta es inviolable hoy. ¿Dónde encontrará el remedio? ¿En la emigración temporal interior? Pero ésta además de ser insuficiente, habiendo probado las ventajas e inconvenientes de ese trabajo cada día será menor. ¿Será en la exterior? Ilusión! No vendrá, pues su movimiento regular sólo se opera hacia otro país que el natal, para mejorar de condición, pero no para constituirse en jornalero donde la caridad formando parte de la administración general no está organizada, donde no hay comisiones de emigración, de recepción, de distribución y colocación, fondos de avances, de reserva, hospicios, etc., etc.

Quizás por un esfuerzo, por uno de esos acontecimientos imprevistos en la historia de los pueblos y que escapan a los espíritus más sagaces y reflexivos, podrá resolverse con provecho para la Nación la cuestión trabajo agrícola progresivo del Este, pero de todos modos, hasta ahora, no veo sólo desastres más o menos próximos y a los interesados no muy bien penetrados del peligro que corre todo su haber. No hay indicios que los tales se preparen en lo más mínimo, para la sola combinación racional a que su población se prestaría con docilidad.

Era de esperar que los hombres prudentes, los amigos de la humanidad observadores de los fenómenos sociales, observasen el origen, marcha y estado progresivo de la agricultura de la común de Santo Domingo y San Pedro de Macorís, pero a mi conocimiento no está, que *más de uno* elevará la voz contra el torrente que envuelto en prismas engañosos llevaba toda su población a la miseria. Esta voz se elevó y sólo mi ayuda, tengo vanidad en decirlo, recibió a tiempo debido. En la ciudad de Santo Domingo tengo por amigos a hombres de corazón, cuya clara inteligencia puede rivalizar con las mejores del universo; tengo por amigos a otros, cuyas virtudes, abnegación y caridad son tan legendarias que merecen el respeto universal. A los tales llamé a laborar. Era la causa de los débiles contra los fuertes por el momento; la causa de fuertes y débiles en el porvenir; la causa de todos los tiempos; y sin embargo, la voz que digo y la mía fueron las únicas que clamaron en el desierto. Hemos sido vencidos, el mal está a la puerta y nadie se mueve aún. ¿Temieron acaso entonces que fuésemos enemigos del capital? No. Yo por mi parte soy enemigo de las injusticias sociales que arrastran consigo desastres infinitos, las que hacen descender al hombre de su alta posición de ser racional, inteligente, independiente, a la de bruto, a la de cosa, pero no lo soy de la alianza del capital y del trabajo. Abogo por la igualdad, por la libertad de los servicios, y para que se establezcan relaciones entre el obrero, jornalero y capitalista, fundados en las conveniencias, en el interés de unos y otros. En una palabra, quisiera que fuéramos ricos y grandes, quisiera sobre todo que fuesen felices todos los hombres, pero inás que ningunos, los dominicanos.

Para que esto se realice creo que, si el capital mejor aconsejado se decidiera a hacer concesiones, a reintegrar hasta cierto punto a los trabajadores en la situación que antes tenían; a hacerlos si no socios, a lo menos participantes en cierto grado de los

⁴ Véase *Apuntes...*, supra.

proventos que recauden; a convenir con la equidad que requieren todos los contratos humanos, sobre todo en aquellos que se desea obtener una cooperación enérgica y eficaz en trabajos rudos como son los del campo; si esto se realizara, si todos en ellos pensasen y concurriesen porque es trabajo de conjunto, no de uno o dos, no vendrá con grave ruina al suelo una situación que tan halagüeña perspectiva presentaba a los ojos atónitos de

los que no estudian las verdaderas bases del trabajo de las naciones. Aunque tarde ya, algo podría hacer aún, pero creo también que ni aún este algo podrá realizarse, porque cuando el capital entra por la brecha del monopolio y está en posesión de los derechos de todos, no le es dable ilustrarse hasta el punto de entrar de repente, en la concurrencia libre de los servicios mutuos. Este es un esfuerzo que pide una abnegación que no tiene este capital. No se realizará, pues, lo que creo conveniente, como nunca se ha realizado, sólo después de desengaños deplorables, para que paguemos como siempre la humanidad ha pagado, los desaciertos de la legislación violenta en la dirección del trabajo.

V

Examinemos ahora, siquiera someramente, el trabajo de nuestras ciudades y pueblos.

Todos los productos manufacturados, todos los objetos para el uso común de la vida, desde las medias y zapatos hasta el peine y el sombrero; desde la cazuela hasta el tenedor y las cucharas, son producidos por extranjeros. La iniciativa individual apremiada por las necesidades, por el combate de la vida como dice Darwin, quiere hacer y en efecto algo hace, pero no encuentra aliento ni ayuda en ninguna parte, y todos sus esfuerzos en resumidas cuentas son combatidos y yugulados, ya por la opinión, ya por el Gobierno.

La opinión legada por el régimen colonial hace considerar todos los oficios manuales como viles y despreciables, y nosotros a quienes acontecimientos imprevistos nos han colocado bajo un pie de igualdad absoluta, insistimos en semejante insensatez, no procurando rehabilitar con las ideas tan útil trabajo y colocarlo en el lugar que le corresponde. Un empleado pobre, un tendero mediano, o especulador de frutos menores rodeado de un enjambre de hijos, muchachos ya grandecitos, no se decide a ponerlos a un oficio, porque la opinión de sus padres, amigos y allegados, no lo han penetrado de la nobleza de los oficios manuales; de la salud y contento que dan, de la independencia que proporciona un oficio bien aprendido; de la disciplina moral que inculca; del capital que reserva y compendia para todos los estados: ya soltero o casado, ya como ciudadano o como expulso y extranjero en otro país⁵.

⁵ Bono usa aquí la palabra expulso como cosa normal. Es que entonces había esa clase social, la de los expulsos. Y así ha sido siempre, salvo breves y escasos períodos de Gobierno, como en los de Nouel y Horacio Vásquez. Duarte y sus discípulos fueron nuestros primeros expulsos. Y a poco se iniciaba la *rotación del exilio*: santanistas y baecistas y viceversa. A la muerte del Presidente

En la época actual y con las aplicaciones diarias que se hacen de la ciencia en la industria, ya directamente como sucede con la física, la mecánica, la química; ya indirectamente en los arreglos sociales inspirando una confianza mayor de hombre a hombre para fundir en una sola acción por asociaciones espontáneas el capital y el trabajo; en la época actual, por los esfuerzos combinados de la legislación, de las ciencias físicas, de la fuerza del hombre, de las fuerzas y propiedades de la materia ajustadas y apropiadas por el hombre a su satisfacción y necesidad, la grande industria está abarcando todos los consumos de los pueblos pequeños. En esta nueva faz de las conquistas de los fuertes sobre los débiles, sólo se escapan de la invasión los que bebiendo en las fuentes de donde sacan sus fuerzas las grandes naciones industriales, procuran copiarlas o imitarlas con discreción y energía. Hay varios caminos para ello, pero uno de los más fuertes obstáculos que pueden encontrarse en toda colonia que fue española, y en que la esclavitud personal haya trabajado las costumbres por muchos siglos, es la opinión de la raza blanca y sus afines, tocante a la dignidad del trabajo manual. Es muy diferente el aprecio que se hace en los estados de Nueva Inglaterra o República Dominicana, entre el que ejerce un oficio manual y el que ejerce uno liberal; entre el que dirige un gran almacén o una grande estancia; entre un empleado del Gobierno y un plantador o aldeano. Si el maestro carpintero, aunque maneja azuelas y garlopas es un hombre libre, dueño de sus destinos; y un empleado subalterno aunque maneje papel y plumas, no tiene libertad y su existencia depende de sus jefes; sin embargo en nuestro país, un padre de familia, por lo regular, opta para casar a su hija con el que no es libre y tiene una profesión precaria solicitada a cometer mil bajezas. Esto es aprobado, aplaudido. Cuestión de opinión. Ambas profesiones, se me dirá, son útiles y según se ejerzan, dignas; no lo niego, pero por lo mismo, deberían estar igualmente dignificadas y merecer igual aprecio. Estos resabios existen en muchos países, son restos de ignorancia y de la supremacía de las castas dominadoras, de la nobleza y sus privilegios; entre nosotros son las reminiscencias de la esclavitud y nadie las podrá destruir por completo; pero la igualdad republicana puede modificarlos abriendo nuevos horizontes al trabajo, enaltecéndolo por medio de una instrucción apropiada. Todos los esfuerzos de las repúblicas cristianas modernas se dirigen a este fin⁶.

Heureaux volvió a intensificarse esa rotación, que ya cobraba fama en el Caribe, en Cuba, Puerto Rico, Curazao, Saint Thomas y Venezuela, como lo dice esta anécdota: habiendo llegado a Camagüey un grupo de personas que por su traza parecían exiliados, y lo eran, les dijo un cubano: "Ustedes deben ser dominicanos, porque desde que mataron a Lilis andan huyendo..." Y todavía andamos huyendo. Para ilustración del tema, uno de los más dramáticos de nuestra Sociología, véase la importante obra de G. Bignon, *Des proscriptions*. París, 1820, 2 vols. Entre nosotros se producían las dobles proscripciones, como la de Cosme de Médicis, desterrado por Albizzi y la de éste a su vez por su adversario. Se repetían como las epidemias, de tiempo en tiempo. El ostracismo, se lee en *Anacharsis*, "es un medio violento, quizás injusto, con frecuencia empleado para satisfacer venganzas personales, pero justificado por grandes ejemplos y grandes autoridades, y el único que, en ocasiones, puede salvar el Estado".

⁶ Por esa situación se daba el caso de que, siendo Santo Domingo el país productor de la mejor caoba americana, el dominicano ignoraba su elaboración, y sólo data de escasos años el uso de

Inspirándose en las anteriores ideas, los fundadores de la libertad en este suelo, quisieron completar la independencia política con la independencia de los consumos del país. No fue ni podía ser el sistema protector puro, pero bien un pensamiento profundo, cuerdo y equitativo. En la República Dominicana, pensaron o debieron pensar, los individuos deben vivir de su trabajo, sobre todo de un trabajo honesto, y como toda otra sociedad civilizada necesita carpinteros, herreros, albañiles, etc., para no depender de otros en la satisfacción de necesidades urgentes e imprescindibles. Era de necesidad para conseguir dicho fin, conservar las pocas tradiciones existentes en la clase obrera, ampliarlas y perfeccionarlas. Con este objeto crearon y amplificaron las Maestranzas militares y los Arsenales, los cuales con la máxima de que "todo dominicano nació soldado" vinieron a ser para todas las clases: los Conservatorios de Artes y Oficios, la Escuela Normal de Artesanos. En el marco estrecho en que les fue dable colocarlas, no cupieron más que herreros, armeros, latoneros, carpinteros, albañiles, carreteros y fundidores; pero dada la pauta, nosotros hubiéramos debido extenderla a todo el equipo del ejército como se hace en Uruguay, con lo cual habríamos podido añadir a los referidos oficios, los de sastres, carpinteros, zapateros, sombrereros, etc. En estas Maestranzas y Arsenales está felizmente combinado el interés colectivo sintetizado en la defensa nacional, mientras el interés del individuo queda oculto en el cumplimiento del deber de ciudadano, resultando a la postre un artesano completo. A estas ventajas hay que agregar que el Estado podía emplear grandes medios para adquirir buenos maestros, buenos útiles, y seguir paso a paso los perfeccionamientos que la industria adquiere todos los días.

Difícil me parece, como no sea quizás en la capital, encontrar hoy un centro de aprendizaje gratuito y enaltecedor del trabajo manual parecido a los tres o cuatro que hace cuarenta años había en el país, ni que cumpla en lo más mínimo lo de tal institución. Al contrario, después de destruirlos, insistimos en borrarlos de la memoria, presa como somos de doctrinas incoherentes que nos suben sin cesar al quinto cielo. En esas alturas, la población urbana hoy casi por completo está a cargo de la población rural, y muy a pique de perecer cada vez que hay una alza en las subsistencias o una baja en los productos agrícolas de exportación. Falta de organización de su trabajo exclusivo, una parte de esta población se disputa rabiosa los empleos públicos, causando hasta en plena paz no pocos tormentos al Gobierno; otra cae sobre las tiendas ya de dependientes o como corredores de frutos temporales y escasos; muchos descienden a chalanes o gitanos en cambios y recambios maculosos; y no pocos aún más abajo, en la mendicidad oculta y vergonzante. Sin profesión de pública notoriedad, todo por la falsa opinión sobre el trabajo y por su

muebles confeccionados en la República. Las familias dominicanas usaban muebles extranjeros, de nogal o de mimbre. Los suntuosos armarios de caoba venían, preferentemente, de los talleres de Curazao y de Saint Thomas. No faltaron casos como el de nuestro abuelo, el español Alonso Rodríguez García, dueño de cortes de caoba en Yásica: a su hijo Félix, nuestro padre, lo envió a estudiar humanidades en La Habana, pero a otro hijo lo envió a aprender ebanistería, en Nueva York. Consideraba, justamente, que el dominicano debía aprender a elaborar la caoba que producía.

falta de organización, gran parte de la población urbana actual y las venideras tienen un presente triste y un porvenir tétrico y luctuoso que no puede ni podrá inspirarles patriotismo.

No se puede amar, las más de las veces, lo que nos hace infelices.

VI

Otras consideraciones de suma gravedad se desprenden de la falta de organización en el trabajo de los que habitan las ciudades y pueblos.

En mi país hasta ahora que yo sepa, por lo general (hay sin embargo honrosas y brillantes excepciones), se ha dado más extensión a la letra que al espíritu; la forma lo abarca todo, se persigue el ideal del bien decir, se castiga el estilo, se le magnifica, se le rinde un culto exclusivo en materias de suyo vacías de sentido, en detalles numerosos de trivialidades y fantasmagorías infantiles. Hay editoriales de periódicos, hay discursos cuyas frases y períodos semejan al Júpiter Olímpico en medio de rayos y truenos, y que exprimidos no sueltan una gota de juicio. Bueno es que cada cual exponga con decencia sus ideas entre las gentes, mas también algún fondo de observación personal han de tener los escritos públicos, para no carecer de interés y sobre todo de utilidad para la sociedad en que se escriben. Esa moda o tendencia arrastra a escritores de talento a cuestiones de detalles insignificantes, y a observar y discutir febricitantes las faltas de los que accidentalmente nos mandan, mientras que las frías meditaciones que sugiere la ciencia de observación filosófica no entra en la manera general de tratar nuestras cosas. Sin embargo, en las verdades útiles que estas meditaciones encierran, quien sabe descubrirlas encontrará un venero inagotable de glorias y satisfacciones personales y generales. En ellas solas pueden encontrarse la razón, la explicación y el remedio de ciertas explosiones periódicas desastrosas que mantienen en zozobra a la Nación, y ellas solas ponen de relieve la justificación de las cóleras repentinas y de los descontentos permanentes de nuestro gran grupo laborioso. En Europa, aunque a intervalos más largos, también tienen lugar iguales explosiones; pero los hombres ilustrados de ese hemisferio, ya como legisladores o como escritores, siguen otro camino al nuestro. Las causas remotas o próximas de los descontentos, de las cóleras, son prolijamente indagadas, cuidadosamente enmendadas, procurando satisfacer toda aspiración legítima, sin destruir de repente derechos adquiridos desde largo tiempo cual que fuese su origen; procuran en fin emplear la justicia en todas las reformas.

En efecto, por perfecta que sea la organización de una sociedad, sus fundadores aún tomándola en su cuna y llamándose Moisés y Licurgo, no pueden igualar de una manera radical, definitiva, sus componentes, pues no es dable al hombre vaciar en un molde común las desigualdades de la naturaleza. Si Licurgo alcanzó una aproximación, fue formando un pueblo feroz que no ha podido hallar imitadores, porque por mucho que algunos pensadores estimables digan que ha sido el mejor modelo, en Esparta se anulaban completamente todas las aspiraciones individuales y el hombre ya mutilado sólo pudo formar una colectividad incompleta. Jesucristo

indicó y abrió el verdadero rumbo de la humanidad, el camino de su dicha en el cielo y en la tierra, y el cristianismo al crear sobre las ruinas del mundo antiguo sociedades nuevas, las fundó sobre la caridad. La caridad, que según Bossuet *es el fin de la religión, el alma de las virtudes y el compendio de la ley*; es la forma y fondo de las instituciones de los pueblos modernos, sobre todo los de las Repúblicas de este siglo, y en su estudio y aplicación deben los directores de una sociedad cristiana gastar todo su tiempo, todas sus fuerzas, emplearlas como la llave que les abrirá las puertas de los misterios, que les dará la clave de todas las injusticias sociales presentes, así como con su ayuda y la de la historia puede juzgar las de los tiempos pasados. El legislador y el filósofo conocen que en todo país, en toda sociedad, habrán pobres y ricos, sabios y necios, diligentes y holgazanes, naturalezas activas dominadoras inclinadas a abusar; y otras indolentes, pasivas, inclinadas a conceder; más si esto causa envidias pasajeras y trastorna un momento el orden, mientras la legislación, la opinión y máximas no las generalizan y constituyen en sistema vinculándola en determinadas personas, no engendra malestar en la sociedad, ni odios generales y permanentes en grupos considerables. Ahora bien, observando con cuidado los antagonismos que sufre la República y cuyas manifestaciones violentas la sacuden con frecuencia para sumirla en la miseria, se notará que el habitante del campo casi siempre abraza espontáneamente el partido contrario al que siguen las ciudades con el sólo objeto de combatir las, destruirlas o humillarlas. Unas veces toma por bandera la autonomía vendida, después a hombres que pasan por ser los principales vendedores de dicha autonomía; otras veces sin bandera visible, quema y tala y no se aquieta hasta haber agotado todas sus fuerzas. Los prudentes atribuyen estas contradicciones a nuestra barbarie, y no se engañan, mas es preciso distinguir aquí con la guía de la caridad cuál es más bárbaro. En Europa que no quieren, y con razón, pasar por bárbaros, atribuyen con más fundamento parecidas explosiones del proletariado a los sufrimientos de este, a la explotación del capital, a la mala organización del trabajo en general, a la poca participación de los trabajadores en los beneficios realizados. Por mi parte creo que en mi país las más de las veces el del campo no ve al de la ciudad como amigo ni como hermano, sólo como una carga pesada que, además de vestir, sostener y alimentar, pretende sin ningún título darse los humos de señora absoluta y despótica. Si a esto se agrega que la autoridad ubicada en la ciudad hace aún más odiosa la cosa, ejerciendo sus funciones las más de las veces como una verdadera calamidad para el que trabaja, llamándole a su presencia para despojarlo, para quitarle su tiempo, sus servicios, sus economías, sin que por pudor siquiera escude sus expoliaciones con el interés común, la medida entonces se derrama, inunda el país de un desorden que en su fondo son protestas del trabajador. Protestas por desgracia calamitosas y al mismo tiempo impotentes, pues son contra un mal que seguirá su curso porque, o no se atina en descubrir su origen, o los interesados conociéndolo se han coaligado en lo alto de la acera para oscurecer la verdad.

¿Podría esto suceder si la población urbana estuviera entregada a los trabajos que le corresponden? ¿Podrá un veguero amar más al hombre que como corredor, de los que he mencionado, le defrauda treinta libras en cada quintal de tabaco, mejor que si este corredor como zapatero le cambiara el par de zapatos que necesita por esas

treinta libras? ¿Podrá un ganadero, a quien un chalán de los que ya dije, le da un penco peinado y trasquilado por su buen potro de silla, estimar este chalán como si hubiera sido un sillero que por la diferencia de precio le hubiera abonado una silla de montar? Un rico labrador que hace casa en el pueblo, como apeadero de su familia los domingos y fiestas religiosas, para oír misa, hacer compras, curar sus enfermos y depositar sus muertos, ¿podrá amar a un pobretón que con mil encarecimientos de apuros y miserias le pide y le saca un cuarto y una sala para vivirlas de balde, amén de la carga de plátanos y otras vituallas que con mil protestas y zalamerías le sonsaca; mejor que si este vergonzante a su tiempo como ebanista o alfarero le diera las mesas, sillas y tinajas por el alquiler. Estos oficios establecerían relaciones de servicios económicos mutuos que unificarían a la población en general, la harían más ilustrada, más moral, más rica y feliz, porque además de la suma de riquezas nacionales que arrojarían al mercado, trabaría todos los gremios en el solo pensamiento de la propiedad uniéndolos contra el enemigo común, que son los que no trabajan material ni li-beralmente: en una palabra, contra los enemigos perpetuos de la propiedad y la sociedad.

Hubo un tiempo no muy lejano de la actual generación, en que el del campo sólo tuvo por modelo y dirección el de la ciudad o villa, su centro administrativo. Estaba simbolizada su fe religiosa, en el campanario; su obediencia, en la Comandancia de Armas; su propiedad, en la escribanía y alcaldía; su conducta en la de los pueblos. Hoy no viene a misa y hasta huye del cura; resiste y combate la autoridad militar; compra y vende muebles e inmuebles de palabra y arregla sus diferencias en el monte, temeroso de las tarifas de notarios y alcaldes; no sigue consejo ni cree indicaciones de los más prudentes del pueblo por suponerlos capciosos y para explotarlo. Y tiene razón. Véanse las actuales funciones sociales de los del campo y de los de pueblos y ciudades, y se vendrá a conocer, que hay muchos motivos para no estimarse recíprocamente como se consigue en toda sociedad cristiana bien organizada y que la culpa recae toda entera sobre la organización y realización del trabajo urbano, tanto el incorporado actualmente a un objeto como el que no se incorpora, pues ambos son pésimos, insuficientes y desastrosos.

¡Ah!, cuántas veces no vi hombres de la ciudad, encorvados bajo el peso de la miseria, maldecir su suerte por no haber aprendido a su tiempo un oficio! Sus padres alucinados por la intensidad del amor paternal, soñaron para ellos una brillante posición obtenida por la instrucción; sin previamente medir sus recursos ni las facilidades en el país para completar un aprendizaje liberal, ni las aptitudes del hijo para este trabajo, y sólo obtuvieron ya concluida su adolescencia darle una educación incompleta que presentó al hijo de su amor desarmado en el combate de la vida. Sin la disciplina y energía muscular que demanda el trabajo manual y ya con obligaciones ineludibles, estos hombres no pudieron principiar su aprendizaje so pena de morir de hambre. Morir de hambre o vivir del trabajo fue la disyuntiva por la que tenían que optar, y optaron por lo segundo, víctimas inocentes de una sociedad mal organizada fueron empero los verdugos de otros, y arrostraron con esposa e hijos una vida pesarosa pa-

ra ellos y para los demás. Fueron en fin en todas las jerarquías que por audacia o apocamiento pudieron reconocer, desde la cumbre hasta el llano, parásitos chupones, ya del presupuesto, ya de los particulares, y cuando desaparecieron, la sociedad trabajadora toda entera lanzó un !uf! de descanso y regocijo.

VII

¿El progreso está en la instrucción pública?

No... Porque si bien es verdad que la iniciativa individual de cuarenta años y la del Gobierno de cuatro años a esta parte, algo ha hecho en este sentido, bien despacio observando el asunto no merece grandes aplausos. En primer lugar, la instrucción no está generalizada ni en vías de generalizarse, porque ni está distribuida con equidad ni en armonía con lo que se puede pedir y se debe otorgar. Los agricultores y ganaderos que son los que casi por completo pagan las escuelas, los que más las necesitan y de cuya instrucción el Estado sacaría por el momento más provecho, carecen en general de escuelas primarias gratuitas; mientras que no hay cabecera de Provincia o Distrito, que no pida y exija Universidades, antes que sus niños sepan el silabario y sus adolescentes gramática castellana, obligando al Gobierno a hacer gastos costosos e inútiles y poniendo a los profesores en verdaderos conflictos. Loable es el deseo que se proponen de tener al alcance los medios de obtener una instrucción superior, pero hay que no oponer tantos obstáculos a la máxima de que el *Estado antes de todo está obligado a enseñar a leer, escribir, contar y la doctrina cristiana a toda la nación*; cuando haya cumplido extensamente con esta primera obligación, podrá pedírsele lo demás, antes no.

Por el descuido de semejante obligación, la instrucción ubicada en los pocos centros que poseemos, no halla camino para extenderse y propagarse. Últimamente se hacen esfuerzos para simplificarla, metodizarla e imprimirle un movimiento más perfecto, y la resistencia natural de métodos inmemoriales omnímodos que han producido mucho y mucho bueno, ha introducido la anarquía en dicho ramo, que al fin y al cabo neutralizan y hacen negativos los esfuerzos de lo viejo y de lo nuevo. Por su forma y fondo, la instrucción pública hasta ahora no ha producido verdaderos trabajadores, sólo pretendientes cada día más numerosos a los empleos públicos; jóvenes sin carrera, sin disciplina para todo trabajo largo y concienzudo, habilitados imperfectamente para las carreras científicas y únicamente buenos para entrar a una oficina a aumentar el presupuesto, o para ponerse detrás de un mostrador de mercería a despachar géneros, con gran desesperación de las mujeres a quienes quitan su oficio.

También la dada a éstas no cumple el fin y misión de que está encargada en la tierra la bella mitad del género humano. Se han abandonado completamente en las clases inferiores las tradiciones nacionales de costura llana, de camisas, de medias, catecismo cristiano y oficios caseros, sustituyéndolas en gran parte con los encajes, la oratoria, la tapicería. Aspiraciones tan mal entendidas de padres pobres, de todo nuestro proletariado, no debe protegerlas el Gobierno ni alentarlas la opinión; ese no

es el camino que las elevará donde desean; por el momento no van a mandar a sus hijas a las Cámaras Legislativas, ni como damas de Corte gótica a las de Flandes, ni como maestras a la manufactura de los Gobelinos; se las educa para casarse, se las habilita para madres de familia, y pregunto: ¿podrán estas pobres encajeras y tapiceras sin dote, sin ajuar, ser las esposas felices de los covachuelistas que las esperan, con sueldos infinitesimales, arbitrarios y fugaces?

Aquí debo hacer notar una verdad. Si la instrucción pública hasta ahora, con raras excepciones, nada verdaderamente útil ha producido, la iniciativa individual abandonada a sí misma y encontrando los caminos de pública utilidad totalmente obstruidos, se ha deslizado en el solo sendero expedito en que podía el genial talento de un pueblo tropical desarrollarse. Cobijada por un cielo siempre azul y radiante; ocupando la Isla más hermosa del mundo, nuestra juventud se ha arrojado con ardor en el gran argumento que esto sugiere. La literatura, la poesía sobre todo, es una ocupación predilecta y en ella cosecha laureles mil, glorias muchas. Todos los géneros los ensaya con fortuna, su progreso es notable, portentoso; pero ¡ay!, esto debería ser el complemento de nuestra general cultura, de nuestra grandeza, mientras que hoy sólo aparece en nuestro conjunto, como el aborto de una planta marchita que no ha podido crecer, robustecer y madurar. Mas no seré yo quien desaliente el único esfuerzo verdaderamente bello de mi patria: si los siglos de Pericles, de Augusto y Luis XIV han sido los más hermosos de la humanidad, Olmedo y Bello son tan preciosas muestras del genio hispanoamericano, que la posteridad por sólo ellos pondrá muy alto al Ecuador y Venezuela; por tanto, poetas, perdonad y seguid, que quizás uno solo de vosotros baste también, para presentar con decencia y con grandeza a las generaciones futuras nuestra ignota y hasta ahora desdichada Nación.

¿El progreso está en las buenas costumbres?

No.... Por una ley especial que es la que tiene mejor observancia y más cumplida ejecución en todo el territorio de la República, se ordena a los Ayuntamientos, a los patriotas Ayuntamientos, de poner con regularidad cada año que corre una casa de juego de azar en cada ciudad, pueblo y sección rural de la República. Para que nadie ignore el sitio, posición y lugar de dicho garito, se pregona a tambor batiente y a cartel abierto, fijadas ya otras copias en lugares públicos, por tres veces a intervalos bien espaciados, por todas las calles principales de villas y ciudades; y luego, al son del mismo tambor, para más solemnidad se subasta en plena sala capitular. El garito tiene por nombre, Gallera; el edificio se arregla esmeradamente según la posibilidad local; el barato cobrado o arriendo se destina al pago de vigilantes policiales cuyas atribuciones son uniformar el estrado para el concurso de jugadores; dirimir sus conflictos; regular el diapason y contento de la vocería y el límite de las gesticulaciones de la turba. Estos vigilantes acaban por lo regular su cometido, jugando los sueldos tan laboriosamente ganados a los naipes y dados en las muchas mesas que rodean la valla. Esto es lo que se puede llamar, las escuelas públicas del juego y de la vagancia, puestas al alcance de todas las clases y cuidadosamente metodizado, organizado y vigilado por la legislación, reglamentos y autoridad.

Pero para qué empeñarme en hacer más largo tan triste espectáculo y recargar los colores en pintura de suyo tan desagradable. Si en boceto presento algunas muestras es para llamar la atención de los hombres competentes hacia los males y pobreza que nos aquejan, y para que con tanta ligereza no se siga en la demolición de nuestro edificio social. He deseado y deseo impugnar la superficialidad con que se trata materia tan grave, y el sesgo halagüeño que intencionalmente se da a todos nuestros desaciertos. El patriotismo, si patriotismo es, no ha de ser tan mal comprendido que para ocultar llagas tan hondas y tan conocidas, se ejercite en pinturas adormecedoras y funestas. Digamos la verdad, impugnemos la opinión dominante que desde la fundación de la República se ha perpetuado entre nosotros, de que la felicidad de un pueblo consiste únicamente en el aumento de sus importaciones y exportaciones obtenidas a todo trance, aunque sea atropellando la justicia y la moral: aunque sea sobre los desastres de todos los ciudadanos como Toussaint Louverture y que puede este solo dato estadístico, estos números, estas riquezas de corta duración regularmente acaparados por unos pocos, reemplazar por completo las buenas costumbres, las máximas, el trabajo libre, la caridad y los hábitos de economía que han sido siempre las bases de la grandeza y de la felicidad de las naciones.

Es preciso reconstruir nuestras fortunas sobre tan sólida roca para que, como la casa del Evangelio, vientos, lluvias ni inundaciones puedan demolerla; vengan, pues, los arquitectos examinados y con diploma, que mi patria cuenta en todos los partidos, sobre todo aquellos que han podido penetrar el arcano de nuestras anexiones, nuestras ventas y retroventas; estos sin duda están en el secreto de muchos misterios, de muchos dolores, de muchos desaciertos, pues si los dominicanos por locos que se los presuma hubieran sido un tanto felices con las formas sociales adoptadas por su cuenta, no hubieran manchado tantas veces con tan feo borrón la historia nacional. Vengan, pues, éstos, y den sus opiniones como estoy dando las mías, es decir, con entera libertad.

¿Pero éstas mis opiniones, son acaso fundadas? Los pocos estudios que en la materia he hecho, hondamente así me lo hacen creer; mas bueno será si he merecido ser leído, que los mismos hombres las confirmen, las rebatan, las discutan, propongan otras mejores, iguales, peores, distintas. Lo llamo a discusiones que mi poca salud no me permitirá sostener, llamo a trabajar por la patria y declaro, que todos mis deseos estarían colmados si uno o muchos indicaran los verdaderos medios prácticos de que fuésemos felices, aun cuando estos medios propuestos fuesen la condenación razonada de las anteriores opiniones.

Mientras esto sucede, suspendo la pluma sobre materia tan vasta y compleja y la dejo de nuevo correr sobre otra más fácil, más concreta y que entra forzosamente en el plan de estos artículos, por ser parte esencialísima del progreso que discuto. Hablo de la Administración y de los progresos que hemos hecho y estamos haciendo los dominicanos desde la Separación hasta la fecha en materia de Ciencia de Gobierno. Mi poca salud como ya he dicho, no me permite abarcar todos los ramos, pero como puedo escoger, escojo dos de los más principales:

La Hacienda pública y las Relaciones Exteriores⁷.

[*El Eco del Pueblo*, Santiago, Nos. 89-95, diciembre 16 de 1883, enero 27 de 1884]

VIII⁸

El papel moneda se ensayó por cincuenta años por haitianos, españoles y dominicanos, fue éste el instrumento más corruptor de cuantos han obrado con más eficacia en esta sociedad y el que más quitó la confianza del crédito a largos plazos y los hábitos de ahorro. Hubo pudor al principio en las emisiones pero toda su secuela desarrollándose en razón directa de las exigencias de situaciones angustiosas llegó su corrupción hasta el grado de que la Contaduría emitiera papel para las apuestas de gallos del Presidente de la República. No pudo entonces resistir la nación prueba tan cruenta y condenó para siempre un sistema que había consumido en pocos años el jugo de muchas generaciones.

Seguidamente en los años posteriores una caterva de medios tan reprobados como el que la opinión acababa de condenar fueron imaginadas y puestas en acción por arbitristas ignorantes de las más elementales reglas de la economía política y hasta de la contabilidad y acabaron de hundir en la ruina a la Nación y formaron de la Hacienda un caos. Un tropel de especulaciones vergonzosas cercaron las rentas públicas. Vales, *Se debe*, empréstitos exteriores, deudas consolidadas, flotantes, antiguas, modernas, interiores, extranjeras, formaron la enmarañada madeja de la Hacienda que ya exhausta, sin crédito y abandonada a merced de empíricos procedió como los hijos pródigos empeñando en manos de usureros la herencia que pudo haberles. Se hipotecó el haber del porvenir y los impuestos se entregaron a un número determinado de arrendadores generales o públicos que sentados en sus bancos cobran nuestros tributos a razón de doscientos por ciento más allá de la tasa legal. Este es con corta diferencia el estado actual del ramo Hacienda dominicano.

¿Qué remedio aconseja si no la ciencia y la historia a lo menos el sentido común para semejante mal? No será no seguir con los remedios empíricos hasta hoy empleados y en las que se han desconocido los más sencillos rudimentos de la economía política y la moral. Estamos en paz y no hay motivos plausibles que justifiquen un aumento de impuestos para agregarlo a los que tan afanosamente paga el dominicano. Si éstas se suman alcanzan a más de doscientos por ciento sobre los consumos en el ordinario. Derechos de importación, de exportación, impuestos de locomoción, pasaportes, peajes, portazgos, barcajes, de transmisión de propiedad, registros, papel, hipotecas, estampillas, notarios, de estado, al nacer, casarse, morir, impuesto de estala,

⁷ Hasta aquí lo publicado en *El Eco del Pueblo*, Santiago, núms 89-95, diciembre 16 de 1883-enero 27 de 1884.

⁸ Ignoramos por qué causa permaneció inédito este capítulo final de las *Opiniones*. Hemos utilizado el borrador, transcrito con penosa dificultad, por la oscura caligrafía, a lo que se agregan las inextricables tachaduras y agregados.

impuestos municipales y sus recargos; requisas ordinarias de autoridades locales ya por escasez de servicios obligatorios o por otras causas más tristes; derechos judiciales extra. Y todo esto sé cobra sobre lo exigido en extraordinario de todas las guerras externas e internas de estos cuarenta años ya de sangre ya por requisas justas o injustas ya por el desorden con que las pasiones exprofeso se han cebado sobre este pueblo infeliz cuyo comercio arruinado y corazón sobresaltado con los males sin cuento que sobre él han caído ha visto desaparecer todos sus ahorros y ve con espanto grabarse cada día más el jornal diario, único haber que le queda, que es lo mismo que robarle la esperanza de seguir viviendo.

Y luego ¿cómo justificar el impuesto? Por los que el pueblo ha pagado no ha recibido los servicios que se le prometieron. No se ha hecho ni arreglado seriamente un solo camino público, la instrucción pública gratuita sólo demuestra su oligarquía y su falta de organización, las obras públicas y los elementos necesarios de conservación de un pueblo que ha probado que quiere ser feliz y uno de sus destinos no los ha recibido. Fortificaciones terrestres y marítimas, armamento, ejército, marina, justicia, policía de previsión, de todo carece y si bien la índole de la Nación, lo pródigo del suelo, su suave clima, el decidido amor a la independencia de los ciudadanos ha suplido y suple toda falta de organización regular, este estado precario no puede prolongarse como tampoco se hará creer que con un veinte, un cincuenta por ciento de aumento en las contribuciones va a recibir al fin lo que hace 40 años espera bajo reiteradas promesas de todos los Partidos a su tiempo en el poder.

No debiendo aumentar el impuesto todo gobierno verdaderamente digno de este nombre debe ponerse a reflexionar que sólo hay dos medios racionales para salir de la angustiada situación que lo abrumba: o buscar los medios de aumentar la riqueza pública y con ello la facilidad de aumentar las cargas y disminuir éstas desde ahora.

A lo primero se opone el tiempo, a lo segundo, los hábitos adquiridos y ya consuetudinarios en el derroche de la fortuna pública. En lo primero hay que aguardar a que la paz y sobre todo la buena dirección encaucen el trabajo, faciliten e inculquen los ahorros, que éstos se realicen, que se reproduzcan y que esta reproducción presente cuerpo a nuevos impuestos. Tamaño bien hay que tenerlo a la vista como el primordial cuidado del Gobierno como el principal fin y propósito de sus trabajos actuales.

Pero si se tienen en cuenta los elementos compuestos que entran en el aumento de riquezas de una nación, a menos de conquistas y adquisiciones, de nuevos y poblados territorios, habrá que espantarse de la dilación. El pan de cada día de la administración no admite demora, hay que cubrir los gastos o sucumbir y este dilema disloca de tal manera a nuestros gobiernos que no pueden ni han podido nunca ejercer su oficio como debieran.

Podría contratarse un empréstito exterior para tener los medios siquiera en dos años de regularizar la marcha de la administración y desembarazar sus caminos, pero haciendo caso omiso de las condiciones leoninas probables de los prestamistas, si no se regularizan primero los gastos públicos, si no se contiene un tanto la corrupción no habrá caudal que baste. La marea de estos gastos en pretensiones, indemnizaciones, jubilaciones, pedidos petulantes de los favoritos, sobresueldos,

aumentará y crecerá en proporción directa de la masa metálica disponible en las cajas y atropellará los mejores y más decididos propósitos de economía, si no se tiene la resolución de ponerle coto desde ahora con un dique fuerte y fijo. Este dique está a la mano como diremos más abajo.

Pero el empréstito exterior y la creación de un banco con capital extranjero extraña un peligro que no hay sagacidad que pueda evitar. Ningún banquero aventurará la gestión de su dinero a los dominicanos, es de necesidad que el extranjero sea quien administre el banco y desde este momento entra directa y personalmente en la administración pública de los dominicanos o si se quiere mejor se sustituye el gobierno en todo y por todo. Hay que prever que esta situación por un lado y por el otro nuestra inestabilidad traerán conflictos que obligarán a los banqueros a pedir la protección de sus gobiernos respectivos. Estos no se la negarán, pues no se le puede negar a sus subditos o ciudadanos y vendrá una perturbación cuando menos en nuestras relaciones internacionales si ya las circunstancias no fueren propicias para otra cosa peor para nuestra independencia⁹.

He hablado de un dique fuerte e insalvable que regularizará las erogaciones. Este dique está a la mano, es el Presupuesto de gastos votado por las cámaras con tal que se respete y cumpla como ley que es. No hay otro ni creo que las combinaciones más estudiadas de los pueblos más ilustres hayan producido cosa mejor. Con efecto la Nación que ha servido de modelo en los tiempos modernos para el sistema constitucional se ha reservado a su cámara de comunes el derecho de discutir y votar exclusivamente el presupuesto o gastos de su administración. Todos los países regidos por el derecho constitucional han copiado textualmente la fórmula y nosotros también lo hemos puesto en nuestra constitución.

Sólo sí que aquí hay que observar que no tenemos dos cámaras para el perfecto juego de esta combinación, y aun cuando de la sola cámara que hemos establecido podríamos sacar parecidos provechos, siempre habrá que distinguir si el personal de esta cámara está elegido siquiera una mínima parte en la masa de los consumidores sin cambio económico o de los contribuyentes puros lo cual varía en todo y por todo la cuestión. Su explanación de esta idea puede llevarme a consideraciones extensas que no podré abreviar por más que haga pero por lo interesante diré siquiera dos palabras.

Si la cámara está formada por hombres que pertenecen al grupo de empleados o de pretendientes a empleos; si ninguno de ellos es productor o trabajador de los productos denominados riquezas incorporadas a un objeto o economía esta cámara no puede conocer perfectamente la suma que debe votar; por instruidos que sean los individuos privilegiados que la componen, sin estadísticas del trabajo y producción general no pueden saber exactamente tampoco el costo de la producción general y particular y las rentas que hay que gravar. No pueden tampoco ser bastante justos para repartir las cargas estando su interés personal cifrado en aumentarlos mejor

⁹ Lamentable vaticinio que muestra, una vez más, la clarividencia de Bonó. En 1916 se produjo la vergonzosa Ocupación Militar Norteamericana, con el pretexto de incumplimiento de cláusulas de la Convención dominico-americana de 1907.

que en disminuirlos. No son los dominicanos los que están en tal situación, toda la Europa y la América sufre algo de lo mismo por que el sello casi general de las obras humanas es la injusticia de los fuertes contra los débiles, pero en Europa y América la grande industria y la propiedad tienen sus órganos, mientras que a nosotros nos es totalmente imposible adquirir un solo diputado en el gremio de la pequeña agricultura ni menos saber a cuánto asciende el trabajo y la renta de cada dominicano.

Sin embargo de tantos inconvenientes el respeto al presupuesto votado por las cámaras es el único remedio para ordenar nuestra Hacienda, pero aquí hay todavía más dificultades que vencer al realizar este pensamiento entre nosotros. El pueblo crece de generación en generación por el régimen dictatorial que lo ha regido por tres siglos que no hay otro Poder del Estado sólo el Ejecutivo, los demás son sombras vanas con que atormenta sus ojos, similares de ruidos con que fatigan sus oídos y no le falta razón. A cada instante una nueva revolución, un golpe de Estado borra de raíz los indicios de que hay tres Poderes en la sociedad dominicana. A cada dos o tres años surge un Dictador que anula todo lo trabajado en inculcar la legalidad y hacerla penetrar en las costumbres y el pueblo por tanto ve confirmado en su presente toda la traición de sus abuelos mientras que el Ejecutivo con tanta facilidad a su disposición no puede menos que abusar de los poderes que se arroga y de la docilidad de los contribuyentes. No hay un solo Gobierno entre nosotros que pueda presentarse a las barras del tribunal de la historia limpio del cargo de no haber aumentado las contribuciones y desparpajado las rentas bajo la presión de compromisos anteriores ineludibles y por las responsabilidades presentes. No justifico a tantos tiranos como hemos tenido pero el pueblo debe saber que el Gobierno garantiza la paz exterior e interior y tiene que tener instrumentos preparados para garantizarla y el pueblo debe saber que aquí la cosa más fácil es turbar la paz pública porque ¿quién ignora nuestras perennes revueltas y los medios y forma con que se confabularon y se llevaron a cumplido remate las cosas más estupidas, los cambios de opinión, los repentinos pronunciamientos, su rápido desarrollo, la falta de elementos conservadores en que apoyar una situación dada? No hay, pues, para el Gobierno otro arbitrio que medios poderosos y rápidos de represión, tener a la mano una servidumbre adicta, una especie de guardia pretoriana que pare siquiera los primeros golpes y sorpresas, pagarla con despojo de los otros ramos. Extender esta trabazón en el espacio, en la forma que lo pide un territorio inmenso relativamente a su población. Conceder extensas facultades a todos los Comandantes de Armas, a todos los jefes militares, constituir señoríos feudales, barones o señores de horca y cuchillo o mejor dicho puesto que estamos en las Indias cacicatos ligados al poder central no por las instituciones ni las máximas, sólo por el simple convencimiento de los referidos caciques que deben ser fieles a su señor, pues ningún otro tolerará sus desmanes y desafueros. Por mucho que digamos, por mucho que voceemos, por bien intencionado que sea el jefe del Estado y sus Ministros, si la corrupción se mantiene a la altura de hoy, siempre tendremos el gobierno feudal o el Otomano o si se quiere mejor, repitiendo los capítulos de toda nuestra historia que es la de todas las colonias españolas desde el Descubrimiento.

¿Pero somos colonia o somos Nación? Si somos Nación es preciso penetrarnos de los deberes que la independencia impone; si somos República es preciso llenar todas las obligaciones que el título impone. Es preciso que los partidos cumplan con su deber de ciudadanos, es decir: el que está en el poder dejando a los que no lo están con la libertad de manifestar su opinión y estar manifestándola los manifestantes en toda su plenitud, pero revistiendo de formas decentes y corteses un fondo de justicia y de practicabilidad prudente.

Probado está que el partido hoy en el poder con anuencia de la nación y ayudado también de una situación inmejorable, ha dado la larga tregua que gozamos, esta situación se prolonga y Gobierno y nación desean y piden que los ilustren para que se convierta la tregua en paz. Unámonos todos para ilustrarla, diciendo al primero nuestras necesidades, sus aciertos, sus errores, diciendo a la segunda cómo debe ayudar al primero en su trabajo. Indiquen todos los partidos lo que sería bueno hacer para que seamos felices. Refiriéndonos a la Hacienda digamos por su mala administración que no lo somos, que mientras se reparta el dinero de todos sin justicia habrá descontentos, que no hay cosa que desespere más al que trabaja, que desaliente más el patriotismo, que enjendre iras más violentas y profundas que la distribución de los fondos públicos y sobre todo cuando los que los recogen y se los reparten a los que encarnados bajo el peso del trabajo para producir estos fondos se les obliga a creer que esta distribución es la cosa mejor posible. Pero si esto se le dice dígame también que se conocen las dificultades del Gobierno, dígame también que la corrupción lo cerca, que ésta lo obliga a cometer tamañas injusticias, que no hay manera de gobernar a quienes truecan las virtudes cívicas en venalidad; dígame también que la causa primigenia, única, sola, de todos nuestros males es esta corrupción y que para corregirla es preciso aprender la ciencia de gobierno que no consiste en traducir, copiar y recopiar leyes, imitar y parodiar formas de gobiernos republicanos, es estudiar las reformas posibles hacederas y útiles para un pueblo que hasta ayer fue esclavo de otros, hoy lo es de sus pasiones y mañana no ha de volver a ser de la de otros si no se estudia y se corrige. Corrijámonos, pues, con prudencia, con justicia, con fortaleza, con templanza, juzguémosnos todos culpables, hiramos nuestros pechos, digamos un mea culpa y practicando la máxima de Sócrates procuremos conocernos a nosotros mismos, que con ello sólo saldremos del oscuro callejón de la bancarrota, desahogaremos la Hacienda y entreabriremos siquiera la puerta hoy cerrada de nuestro progreso.

Esta hermosa misión está encomendada a los hombres ilustrados que no han perdido las virtudes cívicas y por dicha para mi patria todavía hay muchos, muchísimos que si el espectáculo lamentable de tantos errores hasta hoy los tienen retraídos quizás al leerme creerán que una les falta...

Emilio Rodríguez Demoriz, *Papeles de Pedro Fco. Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. Academia Dominicana de la Historia, vol. XVII, Santo Domingo, 1963, pp.272-301.